

*tua; Non tecum stabo. (Serm. 302.)* Desengañémonos, pues, nosotros que no cesamos de atormentarnos y tanto trabajamos para diferir la hora del morir. Pensemos, por el contrario, nos dice el mismo Santo Doctor, en emprender desde luego una vida tal que consigamos no morir jamás: *Qui tanta agis ut paulo serius moriaris, age aliquid, ut nunquam moriaris.*

Desconfiemos de esa amiga inconstante; desprendámonos de esa vida que de día en día nos va abandonando: tornemos los ojos hacia otra existencia más segura, cierta y duradera, que nos espera en el Cielo por toda una eternidad.

C. MARTIN.

## INSTRUCCION FAMILIAR.

### PLAN.

**PRIMERA REFLEXIÓN.**—María nos enseña la humildad y el sacrificio.

**SEGUNDA REFLEXIÓN.**—Jesús, la sumisión á la ley religiosa.

**TERCERA REFLEXIÓN.**—Simeón y Ana, el ardiente amor con que debemos recibir á Jesucristo.

*Postquam impleti sunt dies purgationis  
Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt  
Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum  
Domino.*

Cumplido el tiempo de la Purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron el niño á Jerusalén, para presentarle al Señor.

(LUC., II., 22.)

Los días de la Purificación de María habíanse cumplido. La dulce y bella Virgen abandona el establo de Belén; toma en los brazos á su pequeño Hijo, y acompañada de su esposo José dirígese hacia Jerusalén, la ciudad de los reyes. ¡Guárdeos el Señor en vuestro camino, oh pobres viajeros! ¡Envíe en vuestro séquito á sus radiantes Angeles para que alejen de vosotros todo peligro, y llevándoos en sus palmas, no tropiecen vuestros pies contra la piedra, ni ensangrienten vuestros delicados miembros las punzantes espinas que brotan en esa tierra ingrata!

Imaginad, A. O. M., la alegría de aquellos santos caminantes, su modestia, su paciencia, sus discursos llenos de piedad y afecto hacia Jesús. Al lado del Divino Niño todo es para ellos consuelo y felicidad, porque con El no hay pobreza que sea dura, ni incomodidad que moleste.

Llegados á Jerusalén, encamínanse al templo. ¡Qué espectáculo se ofrece allí á nuestros ojos justamente asombrados! María, confundida entre las mujeres de Israel, presenta por su Hijo la ofrenda de los pobres. Jesús se ofrece á su Eterno Padre, y comienza aquella oblación voluntaria, aquella donación completa de sí á nosotros mismos, que un día debe consumir y sellar con su sangre en la cima del Calvario. Una viuda piadosa y un venerable anciano, atraídos por el Espíritu Santo, reciben en aquel día la recompensa de su prolongada esperanza y de sus vehemente deseos; y dichosos por haber visto el

día del Señor y tenido á Dios en sus brazos, y estrechándole contra su seno, esperan la muerte con la más dulce calma.

Mezclémonos también nosotros, H. M., á esa sagrada asamblea do se hallan reunidas todas las glorias de la Religión; la antigua ley que finaliza y la nueva que comienza; el último de los Profetas y el Cordero de la nueva alianza; la santa viuda, heredera de la fe y piedad de las Saras, Judiths y Esteres, y la humilde y poderosa Virgen que ha puesto fin á todas las figuras de la ley dando al mundo la realidad de sus esperanzas; María, en una palabra, la Madre de Jesús, que sobrepuja en gloria, inocencia y belleza á todas las mujeres de la Biblia.

No nos cansemos de contemplar ese tierno espectáculo, y recojamos con cuidado las instrucciones y enseñanzas que nos proporciona cada uno de los personajes que figuran en tan grata y sublime escena. De María aprenderemos la humildad y el sacrificio; de Jesús, la sumisión á la ley; de Simeón y Ana, el ardiente deseo y los encendidos afectos con que debemos recibir al Señor. He indicado el plan de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

## PRIMERA REFLEXIÓN.

HUMILDAD Y SACRIFICIO DE MARÍA.

María se purifica no teniendo necesidad de purificación, como que no se había marchitado ni amancillado dando á luz al Salvador del mundo; al contrario, concibiendo y pariendo al Dios de toda pureza y Autor de la santidad infinita, viniera á ser más pura, bella y santa. Intacta quedara su virginidad, mucho más radiante y esplendorosa después del parto, al modo de la azucena cuya blancura aumentan los rayos del sol y las caricias de una blanda brisa. El perfume de sus santos y castos afectos había conservado toda su frescura y suavidad primitivas. Y sin embargo, se confunde con las demás hijas de Israel, sin reconocer para sí exención ni privilegio alguno. Diríase, al verla, que era una mujer del vulgo que acababa de dar al mundo un hijo vulgar como ella. En esto no hizo más que imitar á su Divino Hijo cuando se sometió á la ley de la Circuncisión, á pesar de no necesitarla ni estar obligado á ella. La humilde Virgen se considera honrada cuando á juicio de las otras mujeres pasa la plaza de inmunda, por cuanto así ha sido colocado su Hijo en el rango de los pecadores. ¡Obediencia admirable! ¡Humildad profunda! ¡Cuánto distan, H. M., nuestras ideas de las de María! Nosotros no somos ante Dios sinó unos pecadores, y sin embargo, disputamos por un punto de honor delante de los hombres!... ¡Oh! Aprendamos de la Santísima Virgen

á abatirnos y humillarnos como ella. Guardémonos de aparentar y querer brillar, haciendo ruido para atraer sobre nosotros las miradas del mundo y sus vanos aplausos; contentémonos con la suerte que la Providencia nos ha deparado; vivamos satisfechos en la posición en que Dios nos ha colocado y con los talentos que le plugo concedernos, teniendo presente que lo que santifica y realza al hombre no son las acciones ilustres, los grandes renombres, las hazañas ruidosas, sinó la humildad de corazón, la pureza de conciencia, la sencillez del alma y una conducta irreprochable. Imitemos á la pequeña violeta, la cual, ocultándose bajo la sombra de sus hojas y huyendo de los rayos del sol y de la gran claridad del día, no por eso exhala aromas y perfumes menos exquisitos.

También nos da María en este día un sublime ejemplo del espíritu de sacrificio. ¿Qué otra cosa viene á ofrecer á Dios sinó su reputación, su gloria y toda su vida? Sí; aún ofrece más, puesto que viene á presentar su Divino Hijo, don mucho más preciado para ella que su propia existencia. Júzuese ahora si es posible imaginar sacrificio más heroico en una Madre que ama más á su Hijo que á sí misma, y se halla siempre pronta á dar hasta la última gota de su sangre, á subir, si es necesario, al cadalso, á lanzarse al fuego, á sufrir mil muertes, mil martirios por el dulce y querido fruto de sus entrañas; y sin embargo, viene á ofrecer á ese mismo Jesús, que con tanto gozo llevó en su seno nueve meses, y amamantó con sus virginales pechos, y veces tantas le cubrió con dulces ósculos, recibiendo á la vez de él las más tiernas caricias, y siendo el genio protector que veló su cuna con maternal solicitud. ¡Oh! Vosotras, madres cariñosas, que sabéis hasta dónde raya el amor maternal, que á veces brota de un corazón generoso como la lava de un volcán, comprenderéis sin duda la grandeza del sacrificio que hoy hace María. Forzoso le es inmolar á ese Hijo tan amado, flor misteriosa desprendida milagrosamente de su tallo; á ese Jesús que constituye su vida, su Dios, su Salvador, su todo. Pero así lo exige la salvación de un mundo pecador; y en su consecuencia, la pobre Madre sube las gradas del templo, bien así como treinta y tres años después había de subir las de otro altar misterioso y ensangrentado... ¡el Gólgota! Olvidado el Señor de su dolor y de sus lágrimas, la pone hoy ante los ojos con tanta anticipación el terrible sacrificio que entonces debe ofrecer, y por boca del anciano Simeón hácela oír este fatídico vaticinio que convierte su vida en un lento y prolongado martirio: «Una espada de dolor traspasará tu alma.» *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.* ¡Gran Dios! ¿Es así como recompensáis la fidelidad de vuestros servidores? Delante tenéis los personajes más santos, puros y casi divinos que ha visto el mundo, ¡y sólo les anunciáis, en recompensa de su virtud, cruces, sangrientas visiones, escenas de desolación y muerte!

Verdad es, H. M., que no siempre aflige Dios de esta suerte á sus escogidos; comunmente tiene en cuenta nuestra debilidad. A los grandes corazones, á las almas de temple es á quienes lleva consigo

al Calvario para que le sacrifiquen sus más caras y santas afecciones. Lo que nos exige con más frecuencia es el sacrificio de lo que puede dañarnos, de nuestros pecados, de nuestras inclinaciones desordenadas, de nuestras torpes pasiones. Levantémonos, pues, animosos; tomemos el hierro y el fuego; pongamos una mano enérgica sobre la herida para desarraigar el mal de nuestras almas. Ofrezcamos á Jesús este sacrificio con valor y generosidad. Si nos pidiese, como á María, la inmólación de cuanto hay de más puro, santo y apreciable, deberíamos sacrificarlo de todo corazón: *Corde magno, et animo volenti*. ¿Con cuánta mayor razón deberemos, pues, apresurarnos á sacrificarle lo que nos es perjudicial, lo que constituye para nosotros una fuente inagotable de zozobra, inquietud y remordimientos?

Y pues hemos visto en María un ejemplo tan sublime de humildad y sacrificio, aprendamos ahora de Jesús la sumisión y la obediencia á la ley del Señor. Lo veremos en la

## SEGUNDA REFLEXIÓN.

### OBEDIENCIA DE JESÚS.

Siendo Jesucristo Legislador Supremo, Dios omnipotente é infinito, y sujetándose, no obstante, á una ley dada por El mismo, demuestranos que la obediencia á la ley divina es el camino del Cielo, de la paz, de la dicha, de la tranquilidad de la conciencia. No hay otro medio de ser feliz, no solamente en la otra vida en medio del esplendor de los Santos, si que también en esta región de llanto, de penalidades y destierro. Forzoso es, pues, cumplir exactamente las divinas leyes, aún en lo que tienen de penoso y contrario á nuestra viciada naturaleza. Lo que realmente constituye la vida del cristiano, es la exactitud en llenar todos los deberes que nos ligan con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos. Con respecto á Dios, debemos adorarle, honrarle y ofrecerle el homenaje de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Con respecto al prójimo, deben tener respeto, fidelidad y obediencia á sus superiores los que se hallan colocados en una condición inferior; amor, bondad y justicia con sus servidores, los que por su rango ó fortuna se hallan en el caso de mandar á sus semejantes; y todos á la vez estamos obligados á ejercer recíprocamente esa caridad dulce, compasiva, indulgente, de que habla el Apóstol, que nunca piensa mal, y tiende á evitar, no sólo las palabras agrías, sino también hasta el menor pensamiento ofensivo al prójimo. Con respecto á nosotros mismos, debemos ser castos é inviolablemente puros en nuestras palabras, deseos, acciones y en todos los afectos de nuestro corazón, evitando cuanto pueda empañar nuestra inocencia ó marchi-

tar en lo más leve esa flor tan preciosa y delicada. Viviendo así, y cumpliendo con valor y generosidad la ley de Dios, habremos augurado nuestra recompensa, y la bienandanza celestial coronará en su día nuestra fidelidad.

Concluyamos esta instrucción admirando los bellos ejemplos que Simeón y Ana nos ofrecen en la presente festividad.

## TERCERA REFLEXIÓN.

Largo tiempo hacía que estos dos santos ancianos ardían en vehementes deseos de ver al Salvador de Israel. Habíasele revelado á Simeón que no bajaría al sepulcro sin haber visto antes á Aquel á quien sus padres venían esperando á través de cuarenta siglos. Era, pues, Simeón el último de los Patriarcas, el heredero de su fé y de su piedad, el sucesor de Abel, de Noé, de Abraham, de Moisés y David. Así es que, cuando llegado el tiempo marcado en los designios providenciales, el venerable anciano vió en sus brazos al recién nacido Infante, y contempló con sus propios ojos, y tocó con sus manos á Aquel á quien tantos ilustres personajes no habían podido más que saludar de lejos en la tierra de su peregrinación, su gozo no tuvo medida. Toma en sus brazos al Niño, imprime un respetuoso ósculo sobre aquella frente radiosa de candor y belleza, y exclama: «Bien podéis ya, Señor, dejar morir en paz á vuestro siervo; gozoso descenderé al polvo del sepulcro, puesto que mis ojos, siquiera debilitados por la edad, han visto al Santo de Israel, al Salvador de todo el pueblo.» *Nunc dimittis servum tuum, Domine, etc.*

Sí; Patriarca santo, hombre de deseos, con razón has merecido ver al Salvador en virtud de tu profunda fe. El Señor, según has deseado, va á sacarte en breve de este mundo, como á un siervo fiel que ha llenado cumplida y noblemente su misión, y va á descansar de sus fatigas. Por el pronto reposarás en la tumba; mas no tardará en abrirse para ti el Cielo. Entretanto, tu alma descenderá al limbo á llevar el consuelo á todos los Santos y Justos de la antigua ley, tus gloriosos antepasados. Les dirás que el Mesías ha venido; que el Cristo ha nacido en la ciudad de David; que tus ojos le han visto; que le has tenido en tus brazos, y que aún sientes los efectos de la emoción profunda causada por el recuerdo de las alegrías y felicidades de aquel bello día.

Ved ahí, M. A. O., un precioso modelo de la fe, de la piedad, de los ardientes deseos y encendidos trasportes de júbilo con que debemos acercarnos á Nuestro Señor Jesucristo. Tomémosle en los brazos y sean nuestras acciones la garantía de nuestra fidelidad. Recibámonle respetuosamente con nuestros labios, gozándonos en hablar de El,

en referir su gloria, en proclamar sus beneficios, y en darle á conocer á aquellos que no le conocen. Recibámosle en nuestros corazones por medio de la Sagrada Comunión, imitando en aquellos momentos la ferviente piedad del anciano Simeón. Procuremos sobre todo recibirle en nuestra última hora, y morir en sus brazos, á fin de que con tan precioso viático hagamos felizmente nuestro viaje desde el tiempo hasta la eternidad.

C. BRETÓN.

## DISCURSO

PARA EL DÍA 11 DE MAYO.

### HUIDA Á EGIPTO.

PLAN.

**PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Huida á Egipto.**

SUBDIVISIONES.—1. Sumisión de María y José á los divinos decretos.—2. Obediencia de María y José.—3. Martirio de los Inocentes.

**SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Viaje por el desierto**

SUBDIVISIONES.—1. Fatigas, sufrimientos.—2. Confianza en Dios.

*Surge et accipe puerum et matrem ejus, et  
fuge in Ægyptum.*  
Levántate, toma el Niño y su Madre, y huye  
á Egipto.

(MATTH., II, 13.)

**Q**UÁN poco tarda María en ver realizada la fatídica predicción que la hiciera el anciano del templo! Antes de nacer Jesús, José y su santa Esposa vivían en su humilde retiro, si bien pobremente, disfrutando de una envidiable paz. Mas desde que Jesús nace no hay para ellos momento de reposo, sinó que ven caer sobre sí á la vez la pobreza, el dolor, la inquietud, el sufrimiento. ¡Ah! es que do quier que va Jesús, va con El su Cruz y todas las contradicciones que deben rodear su existencia en la tierra. Tranquilos reposaban una noche los santos esposos, cuando de repente la voz de un Angel despierta á José, diciéndole: «Levántate presto; toma contigo al Niño y á la Madre, y huye á Egipto.» Hasta el mismo Angel parece alarmado en vista del peligro que corría aquel divino Infante. «Dijérase, escribe un Santo Padre, que el terror se había apoderado del Cielo, antes de esparcirse en la tierra. ¿Y por qué? Para poner á prueba el amor y la fidelidad de los que poseen á Jesús, y probarles que cuando se le posee, es forzoso participar de su Cruz y de sus sufrimientos.» El desenvolvimiento de esta idea va á proporcionar la materia de vuestra atención en el presente discurso.

AVE MARÍA.